

CONTRASTES DE ESPAÑA

CASULLAS Y PAÑOS DE PULPITO

De vez en cuando se inventan exposiciones nada más que para orear los brocados del culto. Alguien que cuida las grandes consolas en que se guardan los tesoros bordados comprende que es necesario que les dé un poco la luz del sol y como jardinero que saca sus plantas del invernadero él saca las telas de los profundos cajones y las lleva a las vitrinas en que se reponen y toman vida de las miradas.

Si se computasen las casullas que hay en España se podría decir que hay una casulla para cada ciudadano, es decir, que a querer o a poder todos podríamos decir misa.

Yo he abierto esos largos cajones de las sacristías de pueblo y he ido revisando casullas con doradas culebrinas tristes, casullas sin mérito cuyos terciopelos suspiraban con deseo de ver la luz.

"Esta del siglo XVII", dicen muchas veces los sacristanes que ayudan a desdoblarse el tesoro, y se ven tantos muertos que han llevado esa casulla que da miedo. Es todo un cementerio de sacerdotes que se pusieron en innumerables mañanas el uniforme sagrado.

Viendo las casullas se comprende cómo el sacerdote actúa como un muerto y está ya un poco desaparecido bajo la concha dorada de la casulla.

En el libro blanco de la Catedral de Sevilla aparece el nombre de uno de los principales bordadores y maestro de vestimentas sagradas, Juan Pascual, que falleció antes de 1401.

El arte va influyendo en las casullas y se verifica en ellas un reflejo de lo que triunfaba en la vida, viéndose las volutas y emparvadas del Renacimiento y las abruptidades de lo churriguesco.

En alguna de esas casullas se ha bordado toda la historia del mundo encerrada en orlas de oro. ¿Cuándo surgirán las casullas cubistas en que se refleje la luz y el arte de la época? Hay que ganar todo para Dios y referirse en alabanza. No hay que negarse a ningún tiempo y a ningún arte. La rueda necesita toda la rutilancia de sus colores y de su diversidad.

Esperemos esas casullas cubistas en que los colores presenten los cuchillos de sus triángulos en plena libertad, renovando la sagrada caparazón.

Pelínes, estrellas, dragones traspasados por el venabio inextirpable del adorno, ángeles irritantes, de esos que comienzan siendo ringorrango y acaban siendo carirrostrados de oro, todo lo creado figuraba en esas descripciones de las casullas que han de constelar de símbolos al que se reviste de ellas.

Paños de altar, cortinas de sacristía, bambalinas de la urna del Santo Entierro, todo ritma con las casullas, destacándose entre todos esos paños y colgaduras, de sentido menor, los baberos de altar, delantales para curas de una rigidez al hierro o al balustre de talla.

A veces aparecen desnudos de paños de altar los pulpitos parleros, pero entonces la elocuencia del sermoneador se queda desvestida, sin colgaduras, abandonadas a su propio esplendor.

Los paños de pulpito son los paños de la retórica y en sus apliques y volutas de oro, está inscripta la trepadora de la elocuencia.

LAS CORAMBRES Y LOS CORAMBREROS

Pocas veces se encuentra ya la corambra a mano. Sólo se la ve ser bajada del carro que la trae de lejos y depositada en las bodegas como muerto.

que han sido atados y cosidos previamente, quedando el gurrúño por el interior y el pelo del animal por dentro también para hacer mas barbudo y bronco al vino.

Curtida la piel deshabitada, el corambro después de darla una última mano de resina la llena de sal y agua y la soba con manos y pies, trabajándola tanto que crece, se redondea y echa gran pandorga.

El adobador vuelve a la lucha perneante del lagar y redobla el tamaño de la odre.

Por fin cuando está ya inflada le dan greda, la raspan con la cuchilla curva de una guadaña, y, por fin, derriten en su fondo la pez que ha de cubrirla por dentro y asfaltar para siempre su pelambre loco.

El cuero ya preparado tiene sed de resarcimiento, ansia de olvido oscurecedor, en una palabra: vivo deseo de morapio.

Inválidas de la cabrería, quedan las cabras encerradas para una larga noche de borrachera, convertidas en cabras negras y desmembradas quedan durmientes sobre el pesebre de la corambra.

La cabra como atacada del muermo del vino se siente hinchada como sólo se hincha lo que ha muerto de muy mal aguijón o de delirio tremendo.

Se comprende que don Quijote la emprendiese con los pellejos de vino y les clavase el dardo de su espada, pero lo que no se comprende es hasta dónde saltaría el chorro de su vino y como dejó salir con vida el posadero que vio cuarteado lo que no debe tener ninguna costura y se vio sangrado de arrobas y no de granos.

Entre varias corambres se disimula el buen vino, el que en su bota de muñones cortados es como la Venus de Milo de los odres.

En algunas corambres ha habido que aumentar los muñones y en su lugar se han cosido dos redondas pezoneras que convierte en torso negro y redondeado, estallante y saludable y con blandura de candombe.

Yo ya sé quitar la cuerda al cuello hemorrágico que mancha de vino como la puñalada de sangre. El descabezado que no restaña su sangrar hasta no se sabe cuántas cosechas, deja que ordeñe su garganta cortada de mala manera.

Pero después he de lavarme las manos con aceite, ya que ese es el único sistema de libertarlas de la pez que tan preocupadas las deja hasta no dejar pensar la cabeza si no se la liberta de la pegazón inmortal.

De vez en cuando necesito volverme a tropezar con los grandes monstruos del deseo, quizás con los trasgos del delirio que existen, quietos, vencidos, repletos, prontos a ser ordeñados en la negra vaquería de las borracheras.

El depósito de cadáveres que han pasado a mejor vida y de cuya vida mejor puede gozar el bebedor, pone un resume húmedo y fresco en la bodega y ya hay trasfusión de su sangre nada más que en el olor mostense.

Ruiz de la Serna

Madrid, Mayo 1927.

Recaudación de los ferrocarriles españoles

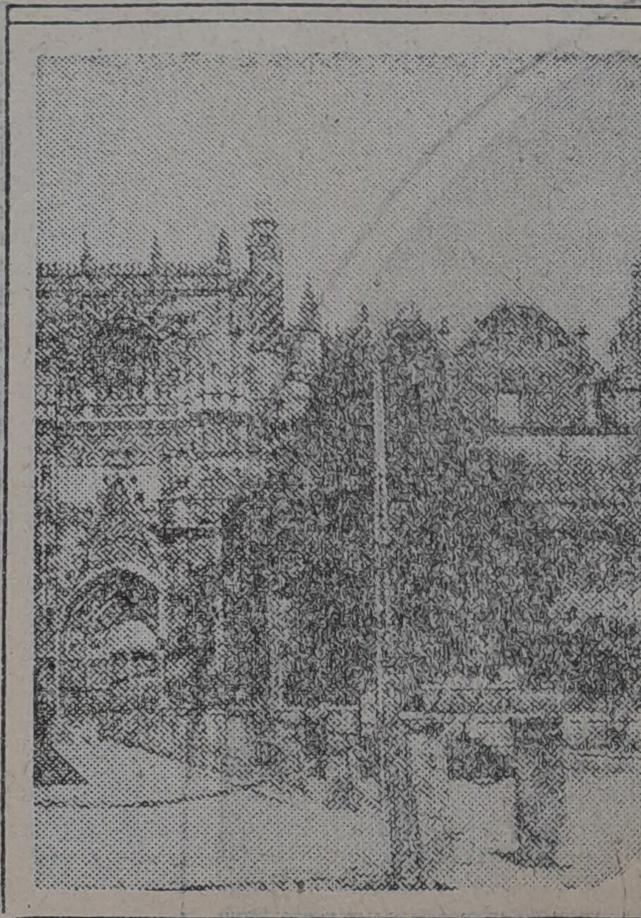
Notas de viaje

Aspecto general — Amaz

I

Con el Domingo de Pascuas, cambia por completo la decoración sevillana.

Desaparecieron hasta el año próximo las Dolorosas, recamadas de oro, los Cristos trágicos, los pasos dramáticos, las procesiones de encapuchados nazarenos, y cruces, estandartes, cirios y demás atri-



butos de la Semana Santa. Y durante la noche, los millares de sillas que llenaban calles y plazas, para contemplar cómodamente la fastuosidad oriental de las interminables procesiones, y escuchar la queja dolorida de las saetas.

Sevilla abandona la ciudad y se traslada al real de la feria, instalada en la intersección de dos grandes avenidas, cubiertas de arcos policromos, de guirnaldas de luces, de farolillos y de todo género de adornos vistosos y multicolores.

La gente, puede decirse, que durante casi toda la semana vive en las casetas, algunas de las cuales, — sobre todo las de los grandes clubs — son verda-

